

EFICACIA DE LA ORACIÓN



EFICACIA DE LA ORACIÓN

Si queremos salvar nuestra alma, no debemos «descuidar el ejercicio santo de la oración», decíamos en la última plática. Convencidos de ello hasta la evidencia, y poniendo en solo Dios nuestra esperanza (1), debemos empezar desde hoy una vida de oración que alimente y vigorice nuestra alma para que no desfallezca y sucumba en las tentaciones de sus enemigos; una vida observante y fervorosa, en consonancia con el estado de perfección que voluntariamente hemos abrazado; una vida de mortificación y penitencia que redima las deudas contraídas con Dios por nuestros pecados, y nos habilite para el cumplimiento de sus amorosos designios; una vida de espíritu que santifique y haga meritorias las obras en que ordinariamente nos ocupamos; *una vida, en fin, escondida con Cristo en Dios* (2), de suerte que podamos decir con el Apóstol: *No soy yo el que*

(1) Psal. XIII, 6; Psal. XXI, 10;
Coloss., I, 5.

(2) Coloss., III, 3.

vivo, sino Cristo quien vive en mí (1). De todo este cúmulo de bienes, de todo este tesoro de gracias y dones celestiales seremos deudores á la oración, si la hacemos debidamente, porque Dios ha empeñado su palabra de concedernos cuanto le pidamos, si ha de redundar en beneficio de nuestras almas. Verdad consoladora que deseo probaros hoy con testimonios elocuentísimos é irrefragables, porque irrefragables y abrumadoras son todas las pruebas de hecho, sobre todo si proceden del Corazón amorosísimo de Nuestro Dios, manantial inagotable de gracia y de verdad (2). Permitidme que repita lo que ya sabéis muchas de vosotras, siquiera en gracia de las que lo ignoran, porque sin duda ha de contribuir á reanimar el fervor en vuestros corazones y á aficionaros más á este delicioso ejercicio. Sí, herm. mías, debemos hacer grande aprecio de la oración, porque entraña una eficacia infalible, si se hace bien, como lo asegura el mismo Jesucristo cuando nos dice por San Juan: *Pedid, y recibiréis* (3).

Si examinamos detenidamente nuestro proceder para con Dios en las cosas relativas á su servicio, echaremos de ver que somos muy ingratos y excesivamente injustos con su divina Majestad, y que estamos contradiciéndonos á cada paso en la práctica de nuestros deberes religiosos. Cierto que todos nosotros creemos todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como dogma de fe; todo lo contenido en las Sagradas Escrituras y lo que nos ha enseñado la divina Tradición nunca interrumpida; y si llegara á asaltarnos la menor duda relativamente al misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo, ó á la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, la rechazaríamos al instante, alarmados

(1) Galat., II, 20.
(2) Joann., I, 14.

(3) Luc., XI, 9; Joann., XIV, 16;
Joann., XV, 7; Joann., XVI, 24.

y temerosos de naufragar en esta virtud fundamental. Pero tenemos que confesar que, cuando se trata de las promesas que nos ha hecho Jesucristo respecto á la eficacia de la oración, ó no las creemos—lo cual no es de suponer,—ó no hay quien nos entienda, porque no hemos acertado todavía á orar como debiéramos. Por cierto conocía bien nuestro amantísimo Salvador la veleidad y flaqueza de nuestro corazón, cuando quiso emplear toda su elocuencia, digámoslo así, y como agotar todos los términos, parábolas, símiles y frases imaginables para convencernos de lo que tanto nos interesa, pues difícilmente hallaremos en la Sagrada Escritura un dogma más claramente definido ni más prácticamente demostrado que el de la eficacia de la oración.

Promesas. En efecto: Jesucristo, que tan encarecidamente recomendó á sus discípulos la sencillez y llaneza en el trato con las gentes (1), diciéndoles que al asegurar alguna cosa se contentasen con decir: *Sí, sí; no, no;* y que no hiciesen uso del juramento (2), *toda vez que procede de mal principio* (3); no obstante, al tratar de encarecernos la eficacia de la oración y la firmeza é inmutabilidad de su promesa, quiso interponer el juramento para que, fiando en él, descansemos en la infalibilidad de su palabra (4) los que esperamos los bienes que nos promete. AMEN, AMEN DICO VOBIS, ved aquí el juramento. *En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá* (5). ¿No os parecen suficientes estas palabras, emanadas de la boca de Dios, para disipar todas las dudas? ¿Puede darse afirmación más explícita y absoluta, corroborada por un juramento tan solemne? ¿Quién osará en adelante poner en duda la eficacia de la oración, sin negar la veracidad de Dios?... Queda, pues,

(1) Matth., X, 16.
(2) Exod., XX, 7; Levit., XIX, 12; Matth., V, 33; Eccli., XX, 7; Eccli., XXIII, 9.

(3) Matth., V, 37; Jacob., V, 12.
(4) Psal. XXI, 33; Psal. CXVI, 2.
(5) Joann., XVI, 23.

asentada en firmísima base, es decir, en la infalible promesa de Jesucristo, la eficacia de la oración. Pero, ¿creéis que se contenta con lo dicho nuestro pacientísimo Jesús? (1). No, no le satisface esto enteramente; nos conoce bien (2), y por lo mismo, á las promesas quiere añadir las

Súplicas. Parece que Él va á ser el favorecido, si le pedimos alguna merced. Oíd cómo se expresa: *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo* (3). Y prosigue: *Pedid, y recibiréis— notad la repetición;—buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán: porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre* (4). Este lenguaje ¿no es capaz de satisfacer al más exigente? Sí, por cierto. Pues Jesús aún no queda satisfecho; quiere reforzar más el argumento con expresivas comparaciones, para que no quede ni asomo de duda relativamente á la sinceridad de sus promesas. «¿Hay alguno entre vosotros, dice, que diera una piedra al hijo que le pidiera pan?; ó si le pidiese un pez, ¿acaso le daría una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará bienes á los que se los pidan?» (5). Mirad hasta dónde llega la condescendencia del Salvador divino: hasta el punto de sufrir que le tengamos por peor que nosotros, con tal que no dudemos de la eficacia de la oración. «Si alguno de vosotros, añade, tuviera un amigo que os fuera á buscar á media noche y os dijera: Amigo, préstame tres panes, porque viene de paso un huésped á mi casa y no tengo qué darle. Si le respondieseis: no me molestes, la puerta está ya cerrada y mis criados están como yo, acostados, no puedo levantarme á dártelos; y si el otro porfiase

(1) Judith., VIII, 14; Psal. VII, 12; Sapient., XV, 1; Jonæ, IV, 2.
 (2) Psal. VII, 10; Joann., X, 14; Psal. CII, 14; II. Paral., VI, 30;
 Jerem., XVII, 10; Apocal., II, 23.
 (3) Joann., XVI, 24; I. Joann., I, 4.
 (4) Matth., VII, 8.
 (5) Luc., XI, 12-13.

»en llamar, yo os aseguro que, aunque no os levantaseis á dárselo por razón de amistad, lo haríais por su impertinencia y le daríais cuantos quisiese. Pues lo mismo os digo: *»Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán»* (1). Basta, h. mías; yo no me atrevo á proseguir: me avergüenzo de continuar hablando de este asunto, porque veo á Jesús como pidiéndonos de limosna que nos aficionemos á la oración, ¡como si no fuéramos nosotros los favorecidos! Basta, porque esto es demasiado tierno y no podría soportarlo mucho tiempo el corazón.

Ejemplos. Pasemos á otro orden de pruebas, más elocuente, si se quiere. Veamos si Dios ha cumplido alguna vez lo que promete y asegura con tanto encarecimiento. Pero, ¿qué es lo que pretendo?, ¿enumerar todos los ejemplos que prueban con elocuencia suma la eficacia de la oración? Imposible. Querer contarlos todos, sería querer contar toda la historia de la Iglesia, porque precisamente la oración constituye su más sólida base, como se ve en las Sagradas Escrituras. Sólo citaré algunos ejemplos. Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro de oro fabricado por ellos, quería Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar por ellos, pero Dios está resuelto á exterminarlos; mas al tiempo de descargar el brazo de su justicia, siente que una fuerza oculta y poderosa se lo impide: á pesar de ello no quiere perdonar, insiste en su determinación, y lucha con esa fuerza, con ese poder misterioso, pues no quiere ceder y así lo expresa: *DIMITTE ME* (2). *Déjame desfogar mi indignación contra este pueblo ingrato.* Pero, ¿qué fuerza, qué brazo, qué poder es éste que se atreve á oponerse al mismo Dios? ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué decís: *Déjame?* ¿Quién os puede atar las manos?... «Ahí veréis, dice San Gregorio, la fuerza de la oración y lo que

(1) Luc., XI, 9.

(2) Exod., XXXII, 10.